

RECADO SOBRE LOS TRABAJADORES DE LA CULTURA DEL ECUADOR

por TOMAS PANTALEON

I

*“Ser intelectual es una esencial
manera de ser hombre...”*

Cuando murió, allá por el año cercano de 1938, don Nicolás Jiménez, de los cuatro puntos cardinales del universo se vio emerger las figuras de los hombres de letras, terriblemente serios, con la mirada fija en el paisaje del llanto y la voz suave, herida, huyéndoles.

Muy pocas veces se cantan elegías tan profundas. Es que ya era con otros el Maestro. Con todo, menos con el hombre de letras del mundo.

Nicolás Jiménez era, a la hora de su partida, el último representante del clasicismo, el último escritor del equilibrio en el trabajo literario. Y el mejor, como pudo haberlo pensado, con justicia cabal, para los estrechos linderos de su patria, Edmund Jaloux, el príncipe de la crítica francesa contemporánea.

La muerte del eminente ensayista y biógrafo no sólo signó de luto a quienes habían aprendido a decir, y decían, como él, las cosas. El vacío que produjo también fue sentido por las nuevas generaciones, las generaciones de la literatura revolucionaria, que veían en Jiménez al talento alto y fuerte, al valor del hombre en

el artista magnífico. Nadie como él para entender el nuevo mensaje y controlar y austrar a sus forjadores.

Cuando los que por el año 1910 pontificando en el ara del arte, con emoción decadente y material de segunda mano, escupían de lleno a la cara y al talento de los renovadores; cuando se pretendía no entender su palabra y sobre todo su intención; cuando todas las puertas se cerraban y los cenáculos no admitían y las academias detestaban la moda que, sin escrúpulos, se manifestaba enemiga de muchas cosas suyas; cuando todo esto y algo más y mucho más acontecía; cuando los muchachos —por ese entonces, algunos— Demetrio Aguilera Malta, Enrique Gil Gilbert, Joaquín Gallegos Lara, Jorge Icaza, Alfonso Cuesta y Cuesta, Alfredo Pareja, Diez Canseco, Jorge Carrera, Ignacio Lasso, Abel Romeo Castillo, Hugo Mayo, Augusto Sacotto Arias y tantos más, de un poco antes y un poco después, eran detenidos por los inspectores de la pulcritud, Nicolás Jiménez estuvo con ellos.

Yo no sé hasta qué punto pudo ser de imprescindible esta alta, noble, ponderada compañía, esta cálida e insinuante voz de aliento, pero he logrado entender —sin necesidad de un tiempo largo— que fue algo así como un rocío vitalizador del recado encendido, crepitante, telúrico que sucesivas generaciones espontáneas, sinceras, valiosísimas habían arrancado, no de paraísos artificiales sino de la vida misma, para presentarlo —en su homenaje— al pueblo.

Los escritores que advinieron en el Ecuador en florecimientos inmediatos desde principios del presente siglo, con más propiedad, de 1915 en adelante, sintieron una necesidad antes no sentida. Todo lo que les llegaba les producía una sensación de especial remordimiento. Los invitaba a transformar la acuarela literaria: el paisaje poblado de indios en las serranías, de campesinos en las costas; el panorama todo con su asfixiante olor a explotación a mansalva; explotación de los de arriba a los de abajo. Enormes extensiones de tierra incultivada y más enormes extensiones de hombres consumiéndose, muriéndose por carecer de pan y de trabajo.

Ante este desequilibrio espantoso se comienzan a oír gritos de rabia mal reprimida, voces de protesta terribles, no de parte de los explotados sino de los nuevos intelectuales que no podían comprender cómo, ante realidad semejante, se signiera sustentando la razón “pura” del arte, ni que el poeta pudiera templar su lira y cantar, entre millones regados en el orbe, la gloria de Bolívar o de Shakespeare o de Píndaro, en el mejor de los casos, teniendo sobre su nariz el pañuelo fino de batista porque un miserable hombre

del pueblo, “peste en el cuerpo y peste en el alma”, está junto a su vera, inevitablemente.

Había en el Ecuador —y con él en el mundo— una siniestra crisis del espíritu. Pocos la podían no ver antes de la primera gran guerra, pero después, entre otros, entre muchos otros, Rainer María Rilke se encargó de que nadie la pudiera negar. De que, precisamente, la afirmaran, en un mismo sitio de Europa —París— aunque brotados de tierras distintas, Georges Pillement y Vicente Huidobro.

II

“El arte en América ha sufrido durante siglos la imposición de culturas ajenas a la realidad americana”.

Los hombres, a dicho alguien, no se asocian entre sí, sino que se asocian en las cosas. Y un intelectual español precisa este criterio ejemplarizándolo del siguiente modo: “en un coto de caza hay una cosa que está por encima de todas que es la caza; porque si ella desaparece, desaparece el coto, los cazadores y todo”. Acertado punto de vista que los nuevos valores literarios ecuatorianos al admitir a la obra subjetiva como el producto de una asociación del hombre con el hombre, y a la objetiva, como resultante de una asociación de ellos en las cosas, lo adoptan. Por eso, antes de iniciar su trabajo, contrapesaron los seguros resultados de las dos direcciones y se decidieron por la última. Lo que es decir, que desecharon el sendero cubierto de flores palpitantes, de odaliscas tentadoras, siquiera en sueños, y se internaron por uno enmarañado, de altibajos, continuamente interrumpido por el fango.

Quizá, de primer momento, no adivinaron todo lo que les habría de venir de negativo, de torpemente arruinador, pero se sabían animados de amplia buena voluntad, de capacidad y de una fuerza enorme, factores de triunfo. Y el tiempo les ha dado la razón, con la nueva realidad que cada día se perfila mejor en el medio ecuatoriano.

Nunca escritor alguno ha sido más fieramente atacado que este escritor revolucionario, por su propia gente y por la gente de afue-

ra. Como si no se hubiera antes escrito "La Celestina", El Quijote de la Mancha", "El Decamerón" y estas obras no hubieran alcanzado difusión universal y permanente, el seudo intelectual burgués del Ecuador se escandalizó ante esta primera palabra, virilmente emocionada. Lucha terrible, lucha tenaz contra todo y contra todos, surgió. Escasos puntos de apoyo para la labor realista; apenas si el más fuerte y mejor, era la propia dosis de buena voluntad, el propio tremendo coraje. Muchos motivos para el desaliento de los seres faltos de visión superior.

Saeteado el espíritu revolucionario, de un lado, por la intelectualidad decadente, ficticia, retrógrada; de oído tapiado para la nueva voz; del otro, por las masas populares que, por su escaso y no pocas veces nulo nivel cultural, no está en capacidad de apreciar su valor, tuvo que recurrir, sobre todo y siempre, a la constancia.

III

"Lo que más quisiera sería llevar máscara y cambiar mi nombre".

Y como si todo lo dicho fuera poco, los primeros libros, los primeros ensayos revolucionarios, comienzan a aparecer entre 1914 y 1920, es decir, en los precisos momentos en que es ya dueño y señor de la atención y el aprecio de todo el que lee literatura en el país, el movimiento de la poesía simbolista, la poesía de los poetas malditos, de los artistas despreocupados del retablo de la decapitación, usando el criterio de otro decapitado, actual, Raúl Andrade.

Porque la era simbólica del Ecuador fue maravillosamente terrible, por eso se impuso. No ha habido y hoy difícilmente los hay poetas de vocación lírica mayormente manifiesta. Por el lapso de tiempo señalado la tierra ecuatoriana fue el refugio más propicio, el erial mejor abonado para que en él fructificara la simiente del decadentismo. La alta decadencia francesa, cuya quinta esencia fueron Rimbaud, Mallarmé, Verlaine, Samain, Baudelaire y Laforgue, dentro de su calidad, en los Estados Unidos tuvo parejo con Edgardo Poe y en Colombia con José Asunción Silva; Ecuador le aportó a Ernesto Noboa Caamaño, Arturo Borja, Humberto Fierro,

Medardo Angel Silva y José María Egas: aedas sin una maldición menos sobre sus frentes que los poetas malditos franceses.

Este lirismo alejado del mundo y de la vida, terriblemente íntimo, dolorido, amargo estaba formado parte de la sangre y el espíritu del pueblo, de todas las clases sociales, por lo fino, por lo bien dicho y mejor sentido. Y luchar contra él y pretender derribar los ídolos que habían erigido en su honor dentro del alma del hombre ecuatoriano, Silva, el adolescente que selló su obra de sólo un libro, a los veinte años con la tragedia de un suicidio inesperado; Arturo Borja, el quiteño, “el joven de la breve primavera en París, la lira del son rubeniano, la tristeza y la inadaptación evasiva”, el del anhelo de nada saber y nada querer:

Madre Locura, quiero ponerme tus caretas.
Quiero en tus cascabeles beber la incoherencia,
y al son de las sonajas y de las panderetas
frivolizar la vida con divina inconsciencia.

Noboa Caamaño, el del prurito de “hacer de los sueños una delicadísima realidad quebrada”; Humberto Fierro, “el primor miniado, la nostalgia y la rememoranza”; José María Egas, el de los cantos de unción “y la voz confidencial y musicada y la emoción amorosa y la mística de púrpura”. Sobre todas las cosas, decía Noboa Caamaño, sólo anhelo tener dos frascos de morfina y un frasco de cloral. Y Medardo Angel Silva, el adolescente, con qué frecuencia no exclamaba desde el fondo de su alma, atormentada sin sentido:

“Señor, cual Goethe, no te pido
la luz celeste con que asombras.
Dame la noche del olvido.
Yo quiero sombras, sombras, sombras”.

Grande y audaz porfía el pretender no derribar esta obra que, maldita y todo, es grande y lo grande no es derribable, pero sí obtener, a su lado, un sitio, también de preferencia y comprensión, para el nuevo trabajo, para la nueva voz que no contaba con sedas ni rasos ni bayaderas ni cojines ni coches ni chaise-longes ni embrujados jockeys ni edenes ni, en una palabra, lo sólo que deleita, sino, por lo opuesto, realidad, vale decir, lágrimas, sudor, sangre,

tríptico de majestuosa entonación, no sólo hoy que un estadista distinguido lo ha señalado y las agencias noticiosas lo han hecho recorrer todo el mundo, sino ayer, anteayer, mañana y siempre... que la sociedad superviva con sus defectos. No relatar un acontecimiento de la alta sociedad ni un partido de whist ni un enredo íntimo de algún gran señor, ni cantar el tedio del spleen, sino mostrar al indio, ponerlo por los ojos y el tacto y el talento de las gentes, con su desnudez y su miseria; decir lo que es el campesino con su ignorancia a cuestas; destacar la injusticia social, la mala distribución de los factores de la producción, la holganza de los poderosos y el trabajo servil del obrero. Decir todo esto con voz clara y reclamante y esperar que el proletariado, para quien y por quien se lleva a cabo esta tarea, se dé cuenta de lo que ella significa y la apoye, parecía empresa de gigantes, pero sólo era empresa de hombres responsables; de puñados sucesivos de hombres de pluma incorruptible que creyeron ver en la novela *A la Costa*, de don Luis A. Martínez, la luz-guía del sendero a recorrer y por eso la siguieron. Se les dijo, por el camino, todo lo imaginable, todo lo usado y lo no usable; se les criticó acerbamente lo que, siendo en el estilo libertad de los asfixiantes cánones de la preceptiva, se consideró libertinaje impropio y ridículo. Se hizo cabalgar sobre ellos el caballo de Troya de la "inmundicia" en el vocabulario empleado.

Pero nada logró vencer el indómito coraje, la brava resistencia de los "nuevos", que siguieron adelante. Las saetas turbias arrojadas les servían de control y medida y perfeccionamiento. E iban mejorando e iban aprehendiendo los secretos de la técnica, los materiales aptos para la construcción del gigantesco edificio de la literatura en función social.

Es así cómo lo que comenzó con pie tan poco seguro como es ese conjunto de cuentos realistas intitulado *Los que se van*, de Aguilera Malta, Gil Gilbert y Gallegos Lara, fue superando, superando, superando. E imponiéndose. Porque, como ya lo hemos manifestado en otro artículo: "lo nuevo —en este caso, intensa y genuinamente humano— tiene un sabor vital inevitable y una sublime arrogancia de imposición" (1).

(1) "Noción y Registro de Nuestra Poesía Juvenil", ensayo publicado en el Suplemento Literario de **El Telégrafo**, de Guayaquil, edición del 9 de julio de 1944.

La emoción revolucionaria no fue en el Ecuador, como en tantos otros países, como en Colombia, una moda, un snob que, por carecer de raíces sinceras, de raíces hondas, de esas raíces que prosperan en el alma de los pueblos, tuvo la aparición del relámpago. Nó. De ahí que, ante la admiración de no pocos, la pequeña nación sudamericana lograra abrirse campo en el conocimiento y la estimación intelectual de los países cultos, libres, de la tierra.

No es nuestra intención realizar un discrimen meticuloso sobre las vastas proporciones de esta obra de literatura social que es producto del Ecuador actual, de los trabajadores de su cultura que supieron de lo amargo que es morder el pan de la incomprensión y beber el vinagre de la mala fe. Obra que ha sido y está siendo continuada por los que han ido apareciendo poco a poco, después de los reivindicadores de la humanidad en el arte. Continuada por Adalberto Ortiz, César Estupiñán, Cristóbal Garcés Larrea, Miguel Augusto Egas, César Dávila Andrade, Ney Castillo Vélez, Manuel de Jesús Real Murillo, Enrique Noboa Arizaga, Víctor Palacios Andrade, Elías Muñoz Vicuña, Galo Recalde, Galo René Pérez, Jorge Adoum, hijo, etc.

IV

“La inmortalidad nada sabe de moral o de inmoral, de bueno o de malo; mide las obras por su fuerza”.

Dentro de la crítica literaria, el relato, la biografía, el teatro, la novela, la poesía, por los andenes de esta gran estación de emociones sociales, telúricas, revolucionarias, se destacan nombres que han llegado a recibir, justicieramente, el respeto y el aplauso del continente.

Recuerdo, entre los novelistas, a Demetrio Aguilera Malta, superado con su libro reciente *La Isla Virgen*, pulcra, acertada y vibrante exploración por la vida cotidiana de los pescadores del Archipiélago de Jambelí, en el Golfo de Guayaquil.

Alfredo Pareja Diez Canseco, el más prolífico, el que se inició gallardamente con *Baldomera*, descendió luego algo con *Don Balón de Babá*, para después subir a primer plano entre los novelistas de este lado americano del Pacífico, con *Hombres sin Tiempo*, la extraordinaria narración de la vida *sin tiempo* de los políticos en-

carcelados en el Panóptico *García Moreno*, de Quito, plena de cuadros reales e impresionantes sobre el destino de quienes por el azar de su vida pública tienen que visitar esta lúgubre mansión de dolor y expiación, en la que todo es oscuro, desde las celdas húmedas hasta las almas de los vigilantes y los presos comunes. Mansión hosca e irrespetuosa en la que conviven necesariamente los políticos en desgracia junto a los criminales más avezados... por el sólo delito de haber deseado —en la mayoría de los casos— poner freno a los abusos de los gobernantes abyectos, surgidos al poder por la casualidad o el cuartelazo, de ninguna manera por la voluntad soberana del pueblo.

Pero no es *Hombres sin Tiempo* la última obra de Pareja. El talentoso literato ha publicado, pocos meses atrás, lo que podría señalarse en él como una sorpresa, el libro *La Hoguera Bárbara*, ensayo biográfico de la vida maravillosa del General Eloy Alfaro, caudillo de enormes potencialidades de héroe, guerrillero afortunado que logró, con la constancia de su espada, derrocar en 1895 el régimen conservador e izar al tope en el Palacio de Gobierno de la antigua capital de Atahualpa la insignia roja del Partido Liberal Radical.

Recuerdo —¿cómo habría de olvidarlo?— a José de la Cuadra, el ingenio vernáculo de la novela, quizá el escritor que mejor dominó, de entre los nuevos, el estilo, porque, indiscutiblemente, era suya la elegancia clara proporcionada a los objetivos, impecable. Sus colecciones de cuentos realistas versan, principalmente, sobre la vida y milagros del montuvio, es decir, del hombre de la montaña costanera. La descripción no deja qué desear, la sinceridad no puede ser mayor. *Los Sangurismas*, novela, y *Horno*, colección de relatos, tienen sitio de preferencia entre sus trabajos, todos de vigor y lozanía conquistadores de suma admiración.

Enrique Gil Gilbert, distinguido el año 1942 por un jurado norteamericano, del que formó parte John Dos Passos, como uno de los tres mejores novelistas latinoamericanos, por su libro *Nuestro Pan*, historia de unos sembradores y cosechadores de arroz, relatada de manera admirable y con tal desbordamiento de poesía bucólica que los personajes como que se esfuman en medio de las hábiles descripciones de la selva y el paisaje.

Nuestro Pan fue una novela que llenó el vacío de ambiente que parecía ya imposible de llenar dentro de esta novelística. Carencia de paisaje en la novela ecuatoriana, muy acertadamente

hecho destacar, dentro de los límites de su importancia, por Jaime Barrera, joven publicista quiteño de innegables merecimientos, en un sobrio y meditado artículo, dado a luz recientemente en la *Revista de América*.

Recuerdo a Raúl Andrade, *el hosco*. Recuerdo a Andrade, el artista de la prosa poética gongorina, el del estilo bello en relieves extraordinarios. Le conozco un solo libro, el que tituló *Gobelinos de Niebla* y en el que recoge tres grandes ensayos literarios. Uno sobre Federico García Lorca, del que ha podido asegurar don Fernando de los Ríos, ser lo mejor que se ha escrito, hasta el presente, sobre el desventurado poeta gitano; otro es una apreciación muy bien lograda de los liridas del simbolismo ecuatoriano, y el tercero, una ingeniosa interpretación del espíritu tragi-cómico del genio bufo del cine, Carlos Chaplin.

Para terminar con los recuerdos sobre esta clase de labor, enunciaré la obra que fuera considerada, dentro del género de la novela, lo mejor producido en el país en 1943: *Juyungo*. Historia de un negro, unas islas y otros negros, original del joven poeta y novelista de color, Adalberto Ortiz.

Sin embargo, una novela pequeña en extensión, *Huasipungo*, de algunas ediciones en castellano y que puede ser leída actualmente en su propio idioma por ingleses, franceses, portugueses, rusos, cuyo autor es el gran literato Jorge Icaza, es la que ha llevado a todos los sitios habitables de la tierra el nombre del Ecuador, la que ha hecho reconocer como propietario de mérito auténtico al movimiento de literatura social, despejando la incógnita sobre la posibilidad de que el arte telúrico y vernáculo, por realista, no fructificara sino que se perdiera después de un corto lapso de ensayo envuelto por la incomprensión y la carencia de puntos de apoyo.

A decir verdad, no es *Huasipungo* una obra perfecta. Sus fallas en técnica son muchas y muy notables. Y la verdad sobre lo que señala no es siempre la bandera que garantice su prestigio. *Huasipungo* es una fotografía del medio indígena del altiplano ecuatoriano mal tomada. Pero su triunfo, no obstante, de ninguna manera es arbitrario o del acaso. Tiene el mérito fundamental de presentar una realidad, realidad que escritor alguno, antes de Icaza, se aventuró a mostrar en todo lo doloroso de su desnudez.

V

*“Es hora de dialogar consigo mismo,
sentado en una piedra del camino...”*

La crítica literaria está en pocas pero capacitadas manos. Pontifica, como es natural, Benjamín Carrión, el maestro de las últimas promociones literarias, el indisputado prologuista de los “nuevos”, la brújula sobre quien recae la enorme responsabilidad de no equivocarse la ruta de la nave. Carrión es autor de algunos libros de tanto mérito que han colocado su nombre al lado del nombre de Alfonso Reyes, siendo, por derecho propio, superior a Luis Alberto Sánchez, el maestro del Perú.

También se han dedicado al difícil trabajo de la crítica, entre otros, Augusto Arias (que con el poeta Antonio Montalvo publicó el año pasado una amplia *Antología de la Poesía Ecuatoriana*, algunos de cuyos juicios hemos hecho propios en este Recado), Leopoldo Benítez Vinuesa, Joaquín Gallegos Lara, Tomás Pantaleón.

VI

*“Nada más vano que esa geometría
poética que se llama la retórica”.*

Por lo que hace a la poética actual del Ecuador, su valor la hace imprescindible de toda buena antología americana y, quizá, universal. Descartando nombres de segunda línea cabe destacar la obra de aedas de la talla de Aurora Estrada y Ayala de Ramírez Pérez, la poetisa del “Reclamo amoroso” que, al igual de sus hermanas del Uruguay —la Storni y la Ibarbourou— florece en un moderno tono sáfico, al principio, para ensayar después la poesía de trascendencia social, reivindicadora y dolida; Remigio Romero y Cordero, el morlaco de la “égloga y la elegía, del epicismo y los cantos patrióticos”.

Jorge Carrera Andrade es el primer poeta ecuatoriano y, cuánto artista de pureza, de los más brillantes de América. Hasta hace poco Pablo Neruda tenía bajo su responsabilidad, según criterio

unánime, el porvenir y la dirección de la poética continental; hoy, esa unanimidad parece inclinarse decididamente hacia Carrera Andrade. Es que el poder lírico de éste ha explorado por todos los caminos hasta dar, al decir de un autorizado crítico suyo, “con las expresiones poéticas más personales. Es de este poeta un profundo sentido humano que consigue, tal como lo ha querido el Juan Ramón Jiménez de su Diario Poético, la sencillez que es espontaneidad esencial y la elegancia, podada de todo lo que sobra para el moldeamiento seguro y preciso de sus imágenes, que van, desde la visión del agro, desde la pura emoción de todos los climas, del clima indio, desde los momentos familiares, hasta todos los paisajes y la captación de lo botánico y lo zoológico; de lo microscópico reducido a micrograma que establece innovaciones y originalidad en el hai-kay japonés y desde la inquietud social hasta la subjetiva tortura del hombre”.

Recientemente, en una bella “Carta Abierta”, que es oportunidad para que Carlos Martín, talentoso exponente de las nuevas promociones de Colombia, realice un acertado y diáfano análisis de la labor íntegra del poeta, se leen los siguientes conceptos: “De su estampa física tuve conocimiento por una página entrañable y viril de Gabriela Mistral, que lo describe como un hombro-nazo magnífico, mozo indio con dos metros de estatura, alto de eucalipto andino que muestra comercio solar y hábito de intemperie, pero airoso y bien proporcionado, con una voz de entereza española que le sale del cuerpo espacioso y que completa el retrato trazado por usted mismo en la primera página de uno de sus bellos libros...”

Ultimamente, Carrera Andrade, poeta trotamundos, visitante de todos los golfos y todos los valles, que ha hablado para el hombre de Francia desde la Torre de Eiffel y ha danzado al son de las bayaderas de Bombay y quizá caído en la tentación del hachis oriental, desde un hotel inglés de Tokio, hubo de arrancarse la sandalia peregrina frente a Caracas, para ejercer las funciones de Embajador Plenipotenciario; pero es lo natural que, artista sobre diplomático, sus relaciones más íntimas están del lado de los trabajadores de la cultura venezolana. Así, al menos, lo atestigua el pequeño dato de presentación que al último cuaderno del poeta, *Lugar de Origen*, escribe Juan Liscano, cuando el eminente literato sostiene: “Los fantasmas familiares que habitan el alma de los poetas fáusticos no se encuentran en la poesía de Carrera Andra-

de. No hay sitio para ellos. Sus versos, terrestres, en el mejor sentido de esta palabra, son una afirmación generosa, sanísima, exuberante de euforia tropical. El Ecuador le pone un anillo de oro en los dedos a este poeta y le prende en la solapa una rosa de los vientos”.

Otros Poetas.

Otra voz, voz de la llamada impropriamente cósmica, pero que, a mi entender es simplemente de atisbos atmosféricos, épicos, es la que construye el poeta Gonzalo Escudero. Con *Los Poemas del Aire*, libro que sorprende por la perfección parnasiana de sus sonetos, se inicia a los quince años. Pero le atraen desde un principio los temas amplios, ciclópeos, olímpicos. Siendo la suya una de las obras poéticas más colmadas de imágenes y de música, se ha insinuado por la fuerza del canto estridente y majestuoso, una semejanza con Sabat Ercasti. Y aunque la manera de decir las cosas es fundamentalmente distinta, la verdad puede ser que ambos abrevan su sed de huracanes en la misma fuente de milagros.

De Escudero es la hora “del júbilo y de las fuerzas telúricas de la raza”:

Hombre de América!
Hombre torrente y cataclismo
con una mordedura de llamas en el pecho.
Naciste de una piedra que rodaba al abismo
y eres un ventisquero con dos ramas de helecho.

Y es suya, la voz del erotismo erecto, sin languidez ni entonaciones tímidas:

Tu carne de pantera flexible que me acecha!
Tu carne de amante núbil y de serpiente.
Más eléctrica que una mordedura de flecha!
Más diáfana que un día de sol en un torrente!
Más perfumada que el ámbar de un pebetero!
Más prohibida que un libro que no se ha escrito nunca!
Más trémula que el grito musical de un pandero!
Más borracha de amor que una columna trunca!

Abel Romeo Castillo es la inspiración sin arrogancia. Poeta de oído finísimo tiene la aguja imantada de su lira dirigida a

auscultar la esencia y medula populares. Por eso es romancero. Porque el romance —y si no que lo diga España y lo diga Granada— es la expresión lírica popular por antonomasia. El gitano Federico García y el gaucho Miguel Cané, por romanceros legítimos son los legítimos personeros de sus urbes. Y de la suya, de su urbe, Abel Romeo Castillo, el poeta *civil* de Guayaquil, el aeda buceador de su “nuevo descubrimiento...”

Alfredo Gangotena, como José María de Heredia, se educa en París y escribe en francés. La *rafinee*, crítica de la ciudad que juzga su trabajo, lo exalta y sublimiza, en merecido reconocimiento al fruto de su espíritu inquietante que bucea, a través de un lirismo de fina sensibilidad filosófica en el misterio del alma humana.

De Alejandro Carrión, el último gran poeta ecuatoriano, ha dicho Benjamín Carrión, con matemática exactitud que, ante su obra, la crítica desearía tener antiliteralidad de jitanjáfora y palabras inconexas que revelen estados inefables... La poética de Carrión reclama las palabras de Marinello a Ballagas: “tiene el querer limpio, el júbilo y la fuga del niño... Será un descaminamiento el apartarse de su verdadera, de su única ruta, la que lleva el estremecimiento inicial en la transfiguración de la palabra en verbo”.

VII

“Todo depende de tener el suficiente valor”.

Así es la verdad. La potencia, en sí mismo, es capaz de crear y capaz de destruir. El espíritu del hombre es siempre campo abonado para que en sus entrañas fructifique tanto el paso hacia adelante como el paso hacia atrás. La cosa está en el labrador: en su carácter, su constancia, su esfuerzo.